

## JOSÉ KOZER: FE EN LAS PALABRAS Y EL LENGUAJE

OSCAR JAIRO GONZÁLEZ HERNÁNDEZ<sup>1</sup>

“Si Oscar Hijuelos compone despedidas de Cuba, José Kozer escribe para no decir adiós. Hijuelos escribe ‘desde’ Cuba, pero ‘hacia’ los Estados Unidos, mientras Kozer escribe ‘desde’ los Estados Unidos ‘hacia’ Cuba”, escribió el novelista y ensayista Gustavo Pérez-Firmat en su influyente libro *Live on the Hyphen: The Cuban-American Way* (University of Texas Press, 1994), poniendo de esta manera en las antípodas a dos autores mayores de la literatura cubana en los Estados Unidos: Hijuelos –el primer novelista hispano en ganar un premio Pulitzer, fallecido el pasado mes de Octubre (2013)– y Kozer serían, para Pérez-Firmat una suerte de paréntesis estéticos, esos extremos que sujetan en pinza el cuerpo de la literatura exiliada. Por esas paradojas del destino, mientras el autor de *The Mambo Kings Play Songs of Love* fallecía inesperadamente en su apartamento de Manhattan, el poeta José Kozer recibía uno de los pocos premios de su prolífica carrera literaria, el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda, otorgado por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CNCA) de Chile, que coloca automáticamente a un autor en el Olimpo de la literatura latinoamericana, si consideramos

<sup>1</sup> Educador, escritor, ensayista, conferenciante y promotor cultural. Profesor en la Universidad de Medellín. Adicionalmente a sus estudios en Filosofía y Letras cuenta con un diplomado en Problemas y Perspectivas en Filosofía y una maestría en Historia del Arte. Es miembro y colaborador de varias revistas de investigación y creación literaria. Ha publicado “La ciudad soñada” (compilación de textos sobre la ciudad), “Pincel de hierba” (a la manera del haikú), “La trompeta de Mercurio” (sobre el libro y la lectura), “En causa propia” y “Conversación y silencio” (entrevistas).

que antes de Kozer lo han recibido: José Emilio Pacheco, Juan Gelman, Carlos Germán Belli, Fina García Marruz, Carmen Berenguer, Ernesto Cardenal, Antonio Cisneros, Óscar Hahn y Nicanor Parra.

Con motivo de este importante galardón, la RANLE reproduce la entrevista inédita que le hiciera Oscar Jairo González Hernández al autor de *Bajo este cien* y *La huella destartada*.

**Oscar Jairo González Hernández:** ¿Qué sentido tienen para usted las palabras? ¿Dónde y cómo las busca para llevarlas al poema y qué ocurre durante ese trayecto de formación y transformación?

**José Kozer:** Tengo fe en las palabras. Por lo general, me vienen en el momento en que un poema se va a hacer. Son mi sostén y el sostén del poema. Sé que me regodeo en ellas, que son parte de mi proceso digestivo, que hay un elemento de dependencia votiva en mi relación, si se quiere de diccionario, con las palabras, pero y qué. Son una forma viva de amor, un modo de participar de la tribu, de ser uno entre todos, ya que el lenguaje es de todos y uno es uno más en el ámbito del lenguaje. Todos tenemos acceso a las mismas palabras, no todos podemos llevarlas al espacio, en parte incorpóreo, del poema, de la llamada creación, a fin de reconfigurar su monótona existencia de diccionario, e incluso de vida normativa social. El poeta es el que rehace desde dentro la palabra, en luminosidad.

**OJGH:** ¿Dónde y cómo extrae de sí mismo, o de su relación con un incidente exterior, los títulos de sus libros?

**JK:** Titular para mí siempre ha sido y es un calvario. No sé por qué, pero soy capaz de escribir un complejo poema en menos de lo que canta un gallo; con 20 minutos tengo suficiente para escribir uno de mis textos –rollos de mis densidades elucubradas poéticamente–, y sin embargo, el título me hace padecer, ya que no se me da con la “facilidad” ni el “oficio” con que se me da el poema. Ahora mismo acabo de enviar a Guatemala un libro que titulé *Autorretrato en tránsito*, compuesto de poemas escritos en los últimos años y conservados en distintas carpetas donde los poemas se me van acumulando (a la fecha hay 9406 poemas). Montar el libro no se me hizo cuesta arriba, lo ordené y se me ordenó en cooperación amistosa de poemas, sin mayor dificultad: hay como un instinto que me permite hacerlo sin mayores desgarramientos; sin embargo, desde anoche peleaba con el título del libro, hasta que de repente se me iluminó el bombillo y di con la solución, que ya estaba esperándome pues era el título de un poema con el que quería cerrar el libro.

**OJGH:** En su poesía hay mixturas, combinaciones insistentes e incisivas entre el mundo poético y la realidad factual. Es evidente que el poema se alimenta de esos roces: ¿Cómo se da y de qué manera sucede esa intervención sobre la realidad en su poesía?

**JK:** Esas mixturas son lo que me circunda, ahora; y son el lugar de donde vengo, mi casa oriunda, mi país natal, mis experiencias de la vida “moderna” en Nueva York, en los sitios por donde he deambulado con el deseo de madurar, de conocer (epistemológicamente) con un afán algo malsano de acumulación de “bienes”: no me refiero a los bienes materiales, sino a esa gula espiritual y, en mi caso, asimismo poética de la que hablara San Juan de la Cruz. La modernidad tiene que acusar la presencia de la mezcla, del mestizaje cultural, intelectual, racial, nacional: la aldea global es y no es un mito. Lo es, ya que más que de aldea se trata de una ciudadela de muchas puertas y compuertas, a lo Kafka, y no lo es en el sentido de que la comunicación se ha vuelto instantánea, pues abriga y desabriga, en el sentido de que nos encontramos todos con facilidad y con la misma facilidad desaparecemos en nuestras personales intemperies, llevando del otro en nuestro interior apenas un roce, apenas nada, solo una falaz superficie carente de profundidad. Mis poemas, en ese sentido, nacen de una rozadura continua en la que la referencialidad múltiple penetra el texto continuamente. Se trata de lo que la retórica llama anacoluto, figura que permite el cambio abrupto de registro (que no es una desconcentración) y que a mi modo de ver, bien utilizado, enriquece la textura del poema.

**OJGH:** Esas combinaciones traen cierta tensión que lo conectan con la poesía oriental y que es indudablemente deliberada. ¿Qué persigue en esa búsqueda?

**JK:** La poesía “oriental” es para mí la forma más alta de lo estético y, por esa vía, de lo espiritual. No soy, evidentemente, un oriental, pero amo desde hace años (muchos) lo oriental, soy un lector voraz de todo lo escrito por las mujeres del período Heian (Japón o Yamato), por poner un ejemplo, o de la nueva literatura coreana, o de la poesía clásica china, esa poesía de “los ríos y las montañas” donde se advierte siempre la pequeñez del ser humano ante la dimensión casi astral de la Naturaleza. Todo ese mundo ha ingresado en mi carne, en mis vísceras, y se ha naturalizado, y por lo tanto, se compenetra con la propia escritura cuando esta adopta el estilo de lo oriental, una de las varias orientaciones de mi trabajo. Si en esto hay

una intencionalidad –preferiría hablar de una conciencia nacida de los años de realizar este tipo de trabajo–, la misma consiste en reconocer que mis orígenes judíos, que imponen a un Dios cuya bondad es absolutista, exclusivista, se ven suavizados por la tesis oriental, con su sentido de misericordia y su ulterior testimonio constante de belleza, de Eros abierto, de Tánatos más despreocupado, ya que se ciñe mayormente al concepto budista de la Nada ulterior, una Nada que está ahí antes y después del nacimiento, y que es el para siempre y el desde siempre de la realidad.

**OJGH:** ¿En qué forma aparece el Yo en su poesía y desde dónde lo vulnera y lo involucra en ella? ¿Qué carácter asume esa relación de presencia y ocultamiento?

**JK:** Creo que mi persona no se desprende de su Yo lo suficiente. No soy mayestático ni absolutista, no soy autoritario ni prepotente, pero el yo sigue en pie y está presente en cuanto hago y en mis actos. Por otra parte, en la medida en que mi poesía interactúa con la realidad, consigo, no sé por qué arte de birlibirloque, rebajar al máximo ese yo, y ahí (así me lo dice muchas veces mi mujer Guadalupe) se concentra lo mejor de mi existencia, la de un ser que todo lo desconoce y que lucha a brazo partido por superarse, pero que bien sabe que malamente lo consigue, pues por cada paso al frente retrocede tres, salvo en el momento de la escritura, esa especie de salvedad, o de excepción a la regla. De tal manera, mi vida diaria está bifurcada en el yo y su desasimiento.

**OJGH:** ¿De dónde procede la tendencia al exceso que caracteriza a su poesía?

**JK:** En parte la deseo, y por ende la empujo e impulso, pero en mayor medida mi insaciabilidad (quizás consecuencia de la insularidad de la que viene todo cubano y todo isleño) es una compañía que camina conmigo del brazo desde mi más tierna adolescencia. No recuerdo día de mi vida en que no haya leído o querido saber. Estudiar. Desde siempre, todo me atrae, todo me conmueve y convoca, no hay forma de conocimiento que no me imante, y así, mi vida ha sido estar entre libros, el invariable deseo de leer en variedad, el concebir la vida solo como búsqueda del conocimiento, como espacio verdadero si se aboca a esa avidez de conocimiento, desmesurada y razonable al mismo tiempo. No desdeño ni descarto nada, y si mucho no sé, se debe a que me persigue una mala memoria, producto de un proceso continuo de vaciamiento según el cual el conocer se aplica a la escri-

tura de los poemas, y tras esa escritura sobreviene la desaparición de dicho conocimiento, que ya cumplió su función: la de escritura. Mis maestros en este sentido pueden ser un Montaigne o un Lezama, dos lectores voraces.

**OJGH:** ¿Cuál es su técnica poética y cómo se ha ido construyendo en la escritura de sus libros; qué hilos se tensionan, qué inquietudes y provocaciones alimentan su creación poética?

**JK:** No tengo en verdad técnica particular. Desde muchacho escribo poesía pero jamás he planeado un poema; es más, jamás me he propuesto una pauta de escritura ni una técnica a seguir, ni siquiera como experimentación. Lo que sé es que de repente siento (es un sentir y un sentido) que voy a escribir, momento en que dejo todo lo que esté haciendo, y me someto a la llegada del poema, con toda naturalidad, sin mayores esfuerzos o desgarramientos, y dejo que, subrepticio, se sobreponga a sí mismo y a mí mismo, hasta que cristalice sobre la página en blanco de uno de mis numerosos cuadernos de escritura. Al principio reconozco que provocaba mis poemas, pero a partir de mis cuarenta y pico años de edad todo esto se naturalizó, y empecé a escribir “sin darme cuenta”, con una soltura que es dichosa pese a ser enrevesada, y desde una agilidad que pese a todas mis torpezas y fallos, funciona. Me funciona. Y produce poemas, esa ringla de poemas que hago, corrijo, encarpeto y olvido.

**OJGH:** ¿Por qué tituló su diario *Una huella destartalada*? ¿Qué propuesta nos hace?

**JK:** El título de ese libro de “memorias”, libro entresacado de mis diarios personales (ya van casi 50 volúmenes, todos escritos a mano, desde 1964 hasta la fecha), y publicado por la editorial Aldus, es *Una huella destartalada*. ¿Por qué destartalada? Cuando contemplo mi existencia en su totalidad efímera, la percibo como algo destartado, destartale que me sigue y persigue y hace de mi vida un desorden, un caos, una inasequible condición que se me escurre todo el tiempo, impidiendo una mínima definición de existencia. De la misma, al escribir, dejo apenas una huella. Sin embargo, cuando contemplo mi existencia en su cotidianeidad, el modo en que la misma transcurre, ocurre lo contrario: esa vida es ordenada, nada destartalada, contiene un esquema de rutina y práctica meditativas, contemplativas, activas a lo pasivo, pasivas a lo activo, todo animado por la necesidad, no creo que imperiosa, de leer y escribir. De manera que la huella ahora es la que puede surgir de un cuarto que no es caos ni leonera, que no

es desorden ni abultamiento sino por el contrario, quieta y elegante cuadratura, paredes blancas, pocos objetos materiales, ya no muchos libros ni discos, y una conversación continua entre mi mujer Guadalupe y yo, compuesta de quietud, voz baja, risa y silencios, penumbra sana. Así escribo sobre el destartale personal de una existencia ya algo larga, pero vista desde el diario, mi escritura es quieta, está enmarcada por la blancura de esa habitación a la que aludo.

**OJGH:** ¿En qué momento al escribir piensa en el lector, ya sea ese lector inicial que es usted o el lector que vendrá, como en *El libro por venir* de Blanchot?

**JK:** No pienso ni en el lector ni en nada que se le parezca, ya que en verdad en el momento de la escritura no pienso, no pienso en nada. Sé que estoy escribiendo; veo, atónito, eso que hago o se hace, fluir; y ya. Nada me planteo, nada sé, nada espero, solo dejo fluir y correr: tal vez donde intervengo un poco es hacia el final del poema, ya que tiendo, luego de haberlo dejado transcurrir por su cuenta y riesgo, a cortarlo de sopetón, a modo de soltar el bolígrafo e irme. No me pregunto de dónde viene, ni adónde va, lo único que veo en el arranque de la escritura es la estructura y el tamaño del poema que se va a hacer, eso lo tengo claro, es mi nitidez única, y por ahí voy de su brazo canturreando lo que se me indica, lo que se dicta y acato.

**OJGH:** ¿Considera que las palabras conforman un teatro, construyen una escenografía? ¿Siente usted ese efecto de teatralización, de drama? ¿Ha escrito o escribiría teatro?

**JK:** No podría escribir teatro ya que me sobra dramatismo pero me falta sobriedad para hacerlo. Además, a mí la poesía me come hasta tal extremo, es tal en mí la monstruosidad de este oficio, que no hay sitio para otro género, otra forma de expresión, de modo que más allá de poemas no soy capaz de hacer teatro o cuento corto o novela; a lo sumo garrapateo en mis diarios, de vez en vez escribo un ensayo, casi siempre a petición, pero más allá de esas vertientes todo se lo doy a la poesía, la poesía es mi comecoco, mi fantasmagoría y enorme nimiedad. No obstante lo dicho, durante la escritura del poema las palabras gesticulan, ejecutan sus “mudras” y participan, digamos a la Pessoa, de su “drama en gente”. Pero eso es cosa de ellas, lo mío, repito, es seguir un curso, fluir y acatar.

**OJGH:** ¿En qué medida se conectan, o qué hilos conductores existen entre la naturaleza y la ciudad en su obra? ¿Cómo percibe esa conexión y cómo se desarrolla en su poesía?



*José Kozler durante una entrevista*

(Fuente: <https://www.escritores.org/index.php/biografias/11535-kozer-jose>)

**JK:** Viví en La Habana veinte años y treinta y dos en Nueva York. Se me ha criticado, o al menos cuestionado, el hacer poca alusión en mi poesía a esas ciudades, como si la experiencia urbana no me hubiese penetrado. Tengo una especie de “complejo rural” y de profunda necesidad arcádica, necesito imágenes rurales para funcionar en poesía, y durante la escritura el vocabulario que me asedia y me acompaña es el de las flores, la orografía, la hidrografía, los cuatro elementos fundamentales de la Naturaleza (son cinco en el mundo oriental): todo eso a expensas de la Urbe. Pero creo que todo esto es algo más sutil y que habría que hilar más fino a la hora de mirar a fondo mis textos, ya que no suelen descartar sino acoger y recoger, y el campo se manifiesta muy explícitamente en ellos, mientras que la ciudad se manifiesta tácita e implícitamente, cual si en vez de mirarla de frente en toda su brutalidad, la soslayara para mirarla lateralmente en toda su generosidad. Naturaleza y ciudad, lo que Eça de Queiroz llamaba “A cidade e as serras” no son lo mismo, pero se enlazan y entrecruzan en sutil composición, a veces hasta como acuarela o sinfonía musical, para no separarse en torpe dualidad. Igual que podemos decir que cuerpo y alma, siendo diferentes, forjan una sutil amalgama que hace nudo y UNO de esa pareja de aparentes opuestos, en el caso de la Naturaleza y la ciudad ocurre otro tanto. Las calles de mis poemas están arboladas y los árboles de mis poemas no descartan el suelo de cemento donde tantas veces crecen.

**OJGH:** Blake hablaba de la “visión memorable” y Rosamel del Valle de la “videncia poética”: ¿la poesía para usted está relacionada con la visión, la videncia?

**JK:** En general, no soy un poeta visionario, ni como Rimbaud, un vidente. Tengo poemas donde lo apocalíptico y mi honda necesidad espiritual me llevan por caminos cercanos a la visión y al estado de videncia, solo que ni en poesía ni en mi vida cotidiana alcanzo esos grados de contemplación. Algo, como en el caso de Fray Luis de León, interfiere e impide lo visionario, la videncia. No hay videncia en mi poesía, por lo general, aunque sé que he escrito poemas en los que me acercaba a ese estado luminoso al que sin duda aspiro. En el caso de Fray Luis, el intelecto interfería, a diferencia de San Juan de la Cruz, un místico religioso, humano y poético: el místico total. En mi caso lo que interfiere es un sentido de la belleza muy fuerte, que va de la mano con una perplejidad que impide la alta fe; soy un escéptico redomado que no cree en lo ulterior, en lo trascendente, y esto lo digo con pena pero sin dolor.

**OJGH:** ¿Podría indicarnos qué poeta y qué libro de poesía lo inició en el interés y obsesión metódica por la poesía, y qué libro sigue causándole ese sentimiento hasta la fecha?

**JK:** Quizás mis poetas iniciáticos son Rimbaud, Baudelaire, y quizás después el Lorca de los gitanos, seguido por el Lorca de *Poeta en Nueva York*. Ahí pego un salto, y ya en Estados Unidos (Nueva York) ingresan en mis lecturas y en mi poesía, de la mano de un Vallejo o un Rilke, poetas como Elliot y Pound, y luego Wallace Stevens y William Carlos Williams. Creo haberme convertido en un poeta lector; mi escritura depende mucho de la lectura que estoy haciendo durante la escritura del poema, el poema nace de esa lectura (leo a mansalva y varios libros a la vez en dos idiomas y a veces en tres y hasta más, con la ayuda de diccionarios bilingües): si se quiere hablar de influencias en mi poesía habrá que referirlas a los libros que voy leyendo y he leído con el correr de los años y durante toda una vida.

**OJGH:** ¿Qué le dice un libro en una biblioteca? ¿Tiene biblioteca? ¿No es una biblioteca el conjunto simbólico de los libros que lee o ha leído, aunque no estén físicamente allí, e incluso aquellos que desea leer y sabe que nunca leerá?

**JK:** Tuve dos extensas bibliotecas, aparte de una pequeña biblioteca iniciática que quedó en La Habana, a mis 20 años de edad. Una la vendí, después de regalar la mitad de sus libros al recibir mi ju-



bilación. La otra, que es la actual, la voy vendiendo en Laredo, Texas, a la *Texas A&M University*, que ha tenido a bien crear una Colección de Poesía José Kozer que contendrá esa segunda biblioteca *in toto* o mayormente, y dará origen, con el paso del tiempo, a un centro de estudios. Mi deseo, que Guadalupe comparte, es vaciar esta casa (un piso en altos en un pequeño pueblo llamado Hallandale, en La Florida) y quedarnos con las paredes blancas y solo la colección de libros de las literaturas japonesa, china y coreana. De modo que la necesidad de vivir rodeado de libros ya ha cedido. Habría querido leer todos los libros pero es imposible. Además, lo leído requiere relecturas, ya que mucho se olvida, mucho se leyó mal, y mucho merece una relectura más madura si uno ha madurado. En resumen, el amor al libro, la dependencia que el libro crea, ese amoroso vínculo, a mis años es menos deseable, y como dice muy bien su pregunta, lo esencial es el libro que se está leyendo, y la perspectiva de leer otros, ya no muchos, con menor voracidad, de manera que el libro que se tiene entre las manos es en verdad todos los libros que pasaron por esas manos, y los que aún pasarán. Las manos del joven se han arrugado, los libros que el joven leyó están igual de frescos y vivos.

**OJGH:** ¿En su poesía hay tensiones entre lo sagrado y lo profano, el mito y la utopía? ¿No son sus poemas como salmos?

**JK:** Son salmos. El escéptico, el incrédulo en mí se abre todo el tiempo a la posibilidad de lo increíble, del inusitado momento en que todo lo que se ha puesto en duda cede a la realización. No creo haya nada sino la Nada, pero siempre hay en mí un rescoldo, no lo voy a llamar de esperanza, en el cual *quizás*, o *tal vez*, o un *pero* primen. Así, en mi poesía, una constante que se me vuelca todo el tiempo en los poemas tiene que ver con esa tensión entre lo sagrado (la poesía es sagrada) y lo profano (la poesía es profanación): se entremezclan lo bajo y lo sublime, lo vulgar con el himno a Dios. O dicho de otro modo, uno no se quiere morir y ya. La utopía es por tanto doble: la terrena, para todos, es una sociedad sana y feliz, de fraternidad abierta, y la trascendente, una vida eterna que concibo a la manera borgiana, como una extensa e inacabable biblioteca que siempre se renueva y que siempre nos exige la relectura.

**OJGH:** ¿Qué función y qué utilidad, qué sentido tiene para usted hoy la poesía? ¿Es medio para la catarsis o la condenación, el exorcismo o la expiación...?

**JK:** La poesía es resistencia. La porquería ambiente, la chatarra materialista, el rotundo fracaso de las ideologías, el escepticismo entre los jóvenes respecto a la política y los políticos, la remota posibilidad de un mundo mejor que proceda de la mano de los políticos, solo cuenta con el pensamiento como contrapunto, y ahí toda la literatura, y la poesía en particular, juegan un papel fundamental: el de resistirse ante esa mentira política, reparar ese fracaso ideológico, y darle la vuelta a la tortilla, trayendo de nuevo la esperanza utópica a la sociedad. No veo la poesía como catarsis, en todo caso como alivio momentáneo del fardo de la vida, de una existencia en este Valle de Tedium. No es ni condenación de nada ni de nadie, no es exorcismo pues no hay nada que exorcizar ni que temer, no es expiación pues tampoco hay nada que expiar. ¿Qué diablos hemos hecho para que haya algo que expiar?

**OJGH:** En su poesía hay también una relación inextricable con el silencio: ¿De qué silencio se habla en ella?

**JK:** En la Cábala se habla del espacio vivo entre palabras, espacio que hay que saber leer, que hay que aprender a leer, desde la altura del silencio. Dios es el silencio, el gran silencio. Se expresó una vez, luego dejó caer unos pocos atisbos, y se volvió silencio. Así en la poesía, al menos en la mía, hay valles de silencio, socavones de silencio, simas: en esos espacios quedos y callados el poema se sigue escribiendo sin letra visible, de ahí que toda lectura depende de un lector sagaz y practicante, capaz de mirar entre las líneas, de revolver quietamente lo escrito por el poeta y ver si en ese aparente arroz con mango hay verdad, posibilidad ulterior, conocimiento en el desconocimiento, a ver si hay algo que valga la pena desentrañar para decir que mereció la pena leer con máxima atención, y desde el silencio, en silencio.

**OJGH:** ¿Usted considera esencial para la formación de un poeta el estudio de la poesía en un taller, academia o universidad? ¿En qué se basaría esa formación?

**JK:** No es esencial, aunque ninguna forma de aprendizaje ni de conocimiento está de más. No tengo nada contra el mundo académico, pero a mi juicio el divorcio entre la Academia y los poetas tiene que ver con el hecho de que el poeta desdeña al académico por cerrado y cabeza cuadrada, a la vez que el académico desprecia al poeta por improvisado, informe, inconforme, y sobre todo por indisciplinado. Se deben dar la mano, desde una mayor humildad, estas dos maneras

de buscar el conocimiento. El académico debe escuchar al poeta en lo que este le puede revelar desde dentro como creador, y el poeta debe escuchar al académico en lo que este tiene de disciplinado a la hora de ordenar, descubrir soterrados datos, estudiarlos y revelarlos al mundo. Tristemente imperan la desconfianza y la soberbia.

**OJGH:** Recordando a Novalis, la relación que establece entre poesía e historia en su *Enrique de Ofterdingen*: ¿Qué relación tiene su poesía con la historia? ¿Su poesía hace historia, es la historia?

**JK:** Mi poesía podría ser en todo caso a) una intrahistoria, la propia, personal, familiar, anecdótica, y b) de refilón, o sea, sin proponérmelo, una historia más general y global, la historia desde una perspectiva sociológica, relativa al momento en que yo escribía y vivía; a mi alrededor sucedían cosas que inconscientemente mis poemas, en su progresión, inscribían; no abierta sino sutilmente, no directa sino elípticamente. Mas, la función primera de la poesía no es sociológica ni histórica, no se encamina a la reparación social (aunque puede, y mucho, contribuir): cuando lo intenta se vuelve programática, panfletaria, y en términos generales, banal.

**OJGH:** Si reconoce principios estéticos sobre los cuáles concibe y realiza su poesía, ¿podría indicarnos tres de ellos y cómo se expresan en su obra?

**JK:** ¿Principios estéticos? No tengo mayor conciencia de tenerlos. Ni uno ni tres. En todo caso, lo que priva a la hora de hacer mi escritura es un sentido del riesgo, del no programar nada, de cerrar los ojos y abrir las vísceras, y ver qué diablos sale. Esta mañana hice un poema, lo empecé a escribir sin saber qué iba a escribir, mucho menos a escribir ese poema concreto. Empezó con una imagen, repentina, que me llegó: once monjes budistas empiezan a subir una loma, quieren alcanzar la cúspide, piensan que al llegar se iluminarán. No saben –yo tampoco– qué es iluminación. Solo saben que hay que correr el riesgo de subir, juntos, la loma. Lo hacen en el poema, y hasta el final ocurren cosas, y estas van surgiendo desde la propia escritura, sin que yo me hubiera propuesto lo que ahí se escribe. Ese principio estético implica manejar el bolígrafo, apurar el gel del bolígrafo, desde un buen gusto, desde un control que es el oficio y nada más. Así: riesgo, buen gusto, equilibrio en lo desafortado, es lo que rige estética y humanamente mi trabajo. En verdad, hablo de un estado de libertad, que lleva años alcanzar, y que contiene su grado de indiferencia ante lo propio, y ante el destino de lo gestado por uno en cuanto poeta.



*En la ceremonia del Premio Iberoamericano Pablo Neruda (lunes 28 de octubre de 2013) el presidente chileno, Sebastián Piñera (izq.), el poeta y ensayista José Kozler (centro) y el ministro de Cultura y Artes, Roberto Ampuero (der.)*

Foto cortesía de la Presidencia de Chile

**OJGH:** Quizá uno de sus temas más concurrentes –para usar el término lezamiano– es el exilio. ¿De qué manera incide y transforma su poesía su condición de exiliado?

**JK:** Exilio es un aspecto más de la vida al margen. El exiliado tiene la ventaja de vivir otras vidas, otros idiomas y hablas, y de ver con otros ojos lo propio. Tiene la desventaja de una brutal intemperie en la que su país natal, y amado, ya no lo acompaña (al menos en lo práctico). Entre el enriquecimiento representado por el ostracismo, y la pérdida del apoyo de una raíz real a la que asirse, el exiliado va haciendo su trabajo, sea este el que sea. Lo fundamental, a mi modo de ver, es que el exilio no se vuelva oportunismo, negocio de víctima, y mucho menos resentimiento. La falta de talento lleva a muchos a negociar y a resentir, con lo cual nada se resuelve, ni para que acabe el exilio, ni para que el aspirante a escritor escriba algo con ribetes de permanencia.